

DANIEL COHN-BENDIT

La noche de las barricadas*

La «noche de las barricadas» del viernes 10 de mayo no fue premeditada como lo ha pretendido el Gobierno, pero al ir a la manifestación nosotros sabíamos que algo sucedería. No podíamos contentarnos ya con desfilar y después regresar a casa tranquilamente. Dos días antes, el miércoles, cuando el cortejo había llegado a lo alto del Boulevard Saint-Michel, se había lanzado la consigna de: «Dispersión». Nosotros estábamos en contra, pero no era eso lo importante. Lo que cuenta es la forma en que los estudiantes recibieron esta consigna. Para ellos era la catástrofe. Vi algunos que lloraban y decían: «Entonces, ¿nos vamos así no más?», «¿vamos a ceder?», «¿vinimos para nada?», «¿tuvimos 1 000 heridos en dos días y ahora nos contentamos con marcharnos, como de la Bastilla a la República, para regresar después a casa?», «¿de qué nos sirve eso?». Y era este el sentimiento de casi todos los jóvenes que allí estaban, no solamente de los estudiantes, sino también de los jóvenes trabajadores que se nos habían unido.

Ocupamos el barrio

En la noche del miércoles, el Movimiento 22 de Marzo se reunió y nosotros dijimos: «No podemos permanecer más aquí; el movimiento tiene su propia dinámica; los jóvenes están decididos a batirse; hay que darles algo». Viernes, plaza Denfert-Rochereau, en el momento en que la manifestación se formaba, discutimos largamente con los otros organizadores para saber lo que íbamos a hacer, o a dónde íbamos a ir. No podía tratarse ya de una simple procesión –los estudiantes no habrían

* Tomado de RC, La Habana, 1968; 12: agosto. A no ser que se indique lo contrario, todas las notas pertenecen al texto original [*n. de la R.*].

comprendido— pero no podíamos buscar deliberadamente un enfrentamiento con la policía,¹ ya que no se envía a la gente a hacerse masacrar. Por lo tanto nuestra idea era ocupar un lugar pacíficamente y permanecer allí hasta que nuestras tres reivindicaciones —la liberación de nuestros camaradas, la retirada de las fuerzas policíacas del Barrio Latino y la reapertura de la Sorbona— fueran satisfechas.

Habíamos contemplado la posibilidad de ocupar el Palacio de Justicia, pero las dificultades eran demasiado grandes. También habíamos pensado rodear la Plaza Vendome, pero esta se nos convertiría en una ratonera. Finalmente partimos hacia el Barrio Latino, permitiéndonos el paso la policía. Si hubieran habido barreras no las habríamos forzado ya que la consigna era: ningún enfrentamiento. Habríamos ido a ocupar otro sitio. En realidad, fue la policía la que nos canalizó hacia el Barrio Latino.

Al llegar al Boulevard Saint-Michel nos detuvimos; los estudiantes se sentaron en el suelo y discutimos con ellos sobre lo que podríamos hacer. Más tarde cuando subí hasta la parte alta del Boulevard, observé que algunos estudiantes comenzaban a sacar los adoquines de la calle. Sauvageot se encontraba allí y le pregunté qué era lo que sucedía. Me dijo entonces: «Estamos ocupando el barrio», pero nadie había dado la orden de hacer barricadas. Simplemente desde el momento en que algunos estudiantes comenzaron a hacer una, todo el mundo se dio cuenta de que era la mejor solución para ocupar cualquier lugar pacíficamente. El prefecto Grimaud ha declarado que la operación había sido efectuada por «especialistas de la guerrilla». Esto es algo totalmente idiota. ¿Qué especialistas?, ¿de dónde venían?, ¿dónde se habían formado?, ¿cuándo han habido en Francia guerrillas urbanas? Lo que sucede es que el gobierno no puede imaginar que 15 000 o 20 000 jóvenes puedan en una semana aprender a manifestar, a defenderse y a organizarse. Para ellos es necesario que siempre haya un cerebro, un plan.

El viernes los estudiantes probaron lo contrario. No hubo plan alguno. Ni existió tampoco una orden unificada. Ningún plan preestablecido de «campo fortificado». Nos contentamos con verificar que siempre permanecía un problema: el callejón sin salida de la calle Gay-Lussac y que ciertas barricadas no podían ser fácilmente rodeadas por detrás.

¹ Cohn-Bendit utiliza el término francés *flie* peyorativo.

Más tarde fui de barricada en barricada para repetir y explicar la consigna: «Resistir, pero jamás provocar».

¿Y nosotros?

No había más que un solo lugar en la calle Le Goff, donde los manifestantes se mostraban muy nerviosos, muy agresivos. Fui entonces dos veces para calmarlos, dejando dos delegados en el lugar que se enfrascaron con ellos en una discusión política. Había sobre todo jóvenes obreros en esta barricada y uno de ellos me dijo: «Ustedes tienen sus problemas estudiantiles, y probablemente lograrán sus tres puntos, pero nosotros también tenemos nuestros problemas; a nosotros nos los hacen tener todo el tiempo. Por eso, aunque el gobierno ceda en sus tres puntos, no den la orden de dispersarse; hay que continuar resistiendo por los otros, por nosotros».

Eran los sentimientos de mucha gente. No podía evitarse el pensar en la Comuna. Además había tipos que habían escrito en las paredes: «Viva la Comuna del 10 de mayo». No se trataba ya solamente de un problema estudiantil. Los otros, los jóvenes obreros, constataban que por primera vez se producía una acción real y masiva contra el régimen y contra el sistema que los oprime. La misma cosa era para los pandilleros² juveniles que nos acompañaban durante la larga marcha del martes desde Denfert-Rochereau hasta L'Etoile. Le pregunté a uno de ellos por qué había venido. Este me respondió: «A ustedes les molesta la policía de tiempo en tiempo; a nosotros todo el tiempo. No se puede hacer nada sin que inmediatamente los tengamos arriba, y no podemos defendernos porque estamos solos. Hoy somos numerosos y podemos hacerle frente». El hecho de que ellos estuvieran allí presentes nos indicaba una cierta toma de conciencia política.

Un sonámbulo

La construcción de las barricadas fue en cierto modo una fiesta, hasta el momento en que la policía atacó. Había una extraordinaria atmósfera.

² Pandilleros juveniles, traducción libre del francés *blouson-noir*.

Si la policía se hubiera retirado, se habría producido una explosión de alegría, todo el mundo habría celebrado la liberación del barrio, e inclusive pensamos hacer venir algunas orquestas para celebrarlo. Pero a medida que la noche avanzaba, que las barricadas se reforzaban y se multiplicaban, nos dimos cuenta [de] que el ataque de la policía, si tenía lugar, provocaría una masacre. Es por ello que acepté ir a visitar al Rector Roche, no para discutir, sino para explicarle lo que iba a pasar si la policía no se retiraba.

Partí con dos estudiantes y tres profesores: Touraine, Lacombe y Mochtane. En la primera barrera de la policía el comisario del barrio dijo: «Que pasen los otros pero no con Cohn-Bendit». Touraine debió insistir largo tiempo para que se me dejara pasar. Una vez en la Sorbona, Touraine hizo decir a Roche que le esperaban tres delegados estudiantiles para encontrarse con él sin decirle que yo era uno de ellos. Y por fin, cuando Roche me vio no dijo absolutamente nada.

Fue Touraine el que habló primero y yo inmediatamente después. Dijimos la misma cosa: que no se trataba esta vez de un problema puramente universitario. En las calles había jóvenes que hacían barricadas y que se organizaban para manifestar su rechazo a toda una sociedad. Estos jóvenes estaban preparados para batirse. No bastaba con decirles: «Abandonen el barrio en tranquilidad y comencemos el curso de nuevo». Todo esto ya estaba sobrepasado.

Que la Sorbona permaneciese cerrada aún un día o muchos días no tenía ya ninguna importancia. La situación era grave, y la única forma de evitar que hubiese muertes era de hacer partir a la policía. Los estudiantes permanecerían tras sus barricadas y continuarían ocupando las calles donde se encontraban. ¿Y a quién le molestaba esto? A nadie.

Roche meneó la cabeza y dijo: «Sí, sí, comprendo, voy a tratar de explicar esto al Ministro». Telefonó entonces a Peyrefitte y conversó con él durante una media hora, pero regresó sin ninguna respuesta precisa. Touraine también habló a Peyrefitte, pero tampoco obtuvo nada. Nadie parecía comprender lo que estaba pasando. En todo caso Roche no lo comprendía. No experimentaba ninguna reacción, andaba como un sonámbulo, parecía estar totalmente abstraído, ausente. Simplemente decía: «Sí, sí, yo haré todo lo que pueda, pero el poder no puede retirar las fuerzas policíacas». Nosotros le dijimos: «Venga con nosotros y salga a la calle, bajo nuestra protección; no le sucederá nada y así usted mismo podrá darse cuenta del espíritu y de la determinación de

esta juventud de la cual usted dice que no quiere más que una cosa: “Pasar tranquilamente sus exámenes”». Entonces nos respondió: «No, prefiero permanecer aquí para tratar de convencer al Ministro». Y una media hora después redactaba ese comunicado lleno de estupor, en el cual más o menos decía: regresen a sus casas; ya han hecho bastantes tonterías.

Antes de partir nos pusimos en tratos con la policía para obtener que por lo menos esta se retirara tras los carros-patrulla para disminuir los riesgos al pasar. Se produjeron interminables discusiones. Pero ni aún esto estaba dispuesto Peyrefitte a concederlo enseguida, sin problemas. Había que dirigirse a yo no sé quién a yo no sé dónde. Entonces fue que dijimos: «En estas condiciones no tenemos nada que hacer aquí: tomen ustedes sus respectivas responsabilidades». En el último momento Roche nos repetía aún que si nos reintegrábamos pacíficamente a la Universidad, el Poder podría contemplar con benevolencia la puesta en libertad de los estudiantes arrestados. Era aterrador. O bien no se daba cuenta de lo que sucedía, o bien quería la masacre.

Cuando salimos por fin, constaté que la policía había despejado la Plaza Edmond-Rostand con bombas lacrimógenas y los estudiantes se habían visto precisados a replegarse tras las barricadas. El ataque comenzó más o menos una media hora más tarde contra la barricada del Boulevard Saint-Michel en la esquina de la calle Royer-Collard, y después contra la primera barricada de la calle Gay-Lussac. Los defensores de Royer-Collard resistieron de forma inusitada. La posición era capital pues, si la policía forzaba las barricadas, todos los manifestantes de la calle Gay-Lussac estarían rodeados. Fueron ellos los que resistieron el mayor tiempo posible con un coraje sorprendente.

La ayuda de los habitantes

La policía había recibido la orden de evitar encuentros cuerpo a cuerpo, sobre todo para su propia protección, pues tenían miedo. Pero no siempre pudieron evitar el combate directo, porque la resistencia de los estudiantes les sorprendió. Su consigna era evacuar la calle por medio del gas y avanzar después. El gas es terrible, peor que los golpes de los palos, quizás porque no puede defenderse uno. Éramos impotentes. Nosotros teníamos algunas máscaras de gas que habíamos distribuido

entre los militantes ya que era absolutamente necesario poder resistir hasta el final, para no dejar solos a los estudiantes sin las contraseñas. Pero los otros, los que estaban sin máscara, se batieron con una energía increíble.

En un momento dado me dirigí a las primeras barricadas la calle Guy-Lussac, que había sido atacada con gas una media hora antes y dije a los defensores que debían quizás replegarse. Ellos me respondieron: «Resistiremos tanto como podamos». Era el punto más duro porque la población en este lugar no podía lanzar suficiente cantidad de agua por las ventanas para disipar parcialmente el gas. Pero en la calle Mouffetard, por ejemplo, la barricada resistió hasta el final y la policía no pudo tomarla sino cuando finalmente vino por la parte de atrás. Mientras tanto, los inquilinos de la calle lanzaban sin cesar cubos de agua y el gas se disipaba en algunos segundos.

El gas utilizado contra nosotros –los químicos lo han probado y los servicios del Prefecto de Policía lo reconocieron– eran gases de combate del mismo tipo que aquellos utilizados en Vietnam y en Estados Unidos contra los negros. Este gas produce graves quemaduras en los ojos y en los pulmones si se le respira. La policía lo sabía tan bien que cesaron de arrojar granadas en el momento en que comenzaban a avanzar. Pero los estudiantes regresaban para volver a ocupar sus posiciones y recomenzar lanzando adoquines al enemigo. En muchos casos los guardias debieron retroceder.

París, ciudad neutral

Se discutió mucho sobre el origen de los incendios. De hecho hubo en las barricadas varios autos volcados cuya gasolina se salió produciéndose los incendios debido al estallido de las granadas de los guardias. También hubo autos voluntariamente incendiados por los manifestantes para retardar el avance de la policía. Lo que sucedió el viernes, lo que pasó durante toda la semana no lo habíamos previsto, ni mucho menos premeditado, ya que nosotros no imaginábamos que el poder se daría a provocaciones tan estúpidas. Fue el Rector Roche el que lo desencadenó todo haciendo entrar a la policía en la Sorbona el viernes 3 de mayo. Después los estudiantes reaccionaron espontáneamente y ya no fue posible detener el movimiento, inclusive si lo hubiéramos querido.

El Gobierno ha pretendido que nuestras manifestaciones eran provocadas por agitadores que trataban de sabotear las negociaciones americano-vietnamitas, que acaban de abrirse en París, bautizada esta por las circunstancias «Capital de la Paz». Antes que nada yo diría que el hecho de declarar a París «ciudad neutral» es una provocación. Aquí encontramos toda la hipocresía gaullista que consiste en decir que estamos del lado de los vietnamitas, sin decirlo verdaderamente, e impidiendo a la gente el poderlo demostrar. Pero París no es «neutral». Inclusive si no se hubiera producido la crisis universitaria de la semana pasada, los jóvenes habrían descendido a las calles para manifestar su solidaridad con los vietnamitas. Seguramente que ellos lo hubieran hecho pacíficamente sin tratar de tomar por asalto la Avenida Kléber o expulsar a los norteamericanos de su hotel. Todos los estudiantes que manifestaron el viernes y el día anterior estaban en favor de los vietnamitas. Pero ni siquiera un segundo se pensó en ir a manifestar al barrio donde tienen lugar las negociaciones.

Nuevos objetivos

Las autoridades pretendieron también que nosotros habíamos sido manipulados por los «prochinos», que deseaban comprometer una negociación que Pekín no aprueba. Es grotesco. Si estuvieran bien informados, sabrían que los marxista-leninistas juzgaban nuestras manifestaciones inoportunas, que pensaban que primeramente debíamos haber ido a los barrios populares para discutir con los obreros, explicarles nuestras posiciones y convencerlos de actuar con nosotros. Y además, desafío a la policía a que nombre a aquellos organizadores del movimiento nuestro que sean «prochinos». Ciertamente Sauvageot no lo es, ni yo tampoco, ni ninguno de los que nos rodean.

Ahora que el Gobierno ha retrocedido, que nuestros camaradas arrestados y condenados han sido liberados, que la Sorbona –hasta nueva orden– ha sido reabierta sin estar rodeada por la policía, ¿qué es lo que va a pasar? No lo sé. Quizás nuestro movimiento pierda un poco de la potencia unitaria que ha tenido durante una semana en la acción. Pero habrá que continuar, explicar políticamente lo que ha sucedido, proseguir la impugnación permanente y fijar nuevos objetivos. De todas formas alguna cosa habrá cambiado, al menos en nuestras relaciones con el

Partido Comunista Francés. Cuando vayamos mañana ante las fábricas para discutir con los trabajadores, el PC ya no podrá echarnos tan fácilmente.

Es significativo que haya sido la CGT, que haya sido Seguy mismo el que haya telefonado el primero a la UNEF para proponer una manifestación en común. Sin duda tenía informaciones sobre el estado de ánimo de la base y se daba cuenta [de] que los sindicatos no podían dejarse sobrepasar por la acción estudiantil. El PC se ha visto obligado –cuando los trabajadores experimentan problemas terribles, cuando el desempleo se agrava– a lanzar la consigna de la huelga general, sin previo aviso, a remolque de un movimiento estudiantil. No podían hacer otra cosa, pero esto les molestó terriblemente.

Todo el mundo nos ha planteado preguntas sobre nuestras relaciones con los grupos políticos, los sindicatos, los partidos. Estas son muy simples: unidad completa en la acción, más allá de toda divergencia, con todos aquellos que están listos para batirse junto a nosotros. Toca por tanto a los partidos y a los sindicatos tomar sus responsabilidades. Si se unen a nuestro combate, tanto mejor. Pero nosotros no queremos alinearnos en un grupo político cualquiera que este sea. Pegarnos al PC, por ejemplo, sería absurdo, ya que ellos nos «recuperarían» enseguida. No nos vamos a poner a clamar que el PC siempre ha visto claramente y que ha sido el único en sostener o apoyar nuestras reivindicaciones. Nadie lo comprendería y ninguno lo seguiría. Porque el PC ha tenido una actitud vergonzosa en lo que a nosotros respecta. Los más agresivos para con él estas últimas semanas, estos últimos meses, no han sido los militantes de estos «grupitos», como dicen –que ya están habituados a lo que ellos llaman las «traiciones» del PC–, sino los jóvenes que están descubriendo la política, que se forman en la acción y cuya actitud los irrita.

He visto a jóvenes obreros asqueados por lo que leían en *L'Humanité*. Al mismo tiempo los hay que esperan con una gran ingenuidad: en la noche del viernes corrió la voz de que el Partido había enviado 20 000 obreros de los alrededores para unirse a los estudiantes y sorprender a la policía por la espalda. ¡Y hubo gente que se lo creyó!

El asunto de Vietnam, para volver al tema, contribuyó además a hacer aparecer las contradicciones de la posición del PC. Por una parte el Partido llama a apoyar a un pueblo revolucionario que se bate y pelea para cambiar radicalmente –en el Vietnam del Sur– las estructuras de

su sociedad; por otra parte no preconizaba en Francia sino vagas reformas y no llamaba a ninguna acción. Las consignas del Partido no tuvieron lógicamente ningún eco entre los jóvenes, la mejor prueba es el dolor de cabeza que desde hace tiempo tiene el Partido para «contener» a sus Juventudes Comunistas.

Ahora hay personas que nos dicen: «Ustedes obtuvieron resultados, es cierto, pero esto les ha costado centenares de heridos y quizás –acabaremos sabiéndolo– muchos muertos. ¿No es esto pagar demasiado caro sus éxitos?». Yo respondo: no éramos nosotros los que estábamos en posición de decidir si habrían heridos y muertos o no. Es el Poder. Nosotros mismos nos sorprendimos de la increíble imbecilidad de las autoridades. No habíamos previsto ninguna demostración de fuerza para la primavera. Según nuestro análisis, todo debía producirse en el próximo comienzo de las clases. En ese momento habría una situación objetiva –falta de locales y de maestros, desorganización e ineficacia en la enseñanza– lo que empujaría a los estudiantes a la violencia ya que habían podido constatar el año pasado que las huelgas y las protestas pacíficas no servían de nada. La crisis tuvo lugar antes porque el mismo poder la desató. Y, una vez comenzada la escalada, estábamos obligados a seguirla.

La jornada del viernes 3 de mayo, cuando la policía invadió la Sorbona, nadie en el movimiento estudiantil lo quería. Pero sucede que los estudiantes, de ellos mismos, sin consignas, hicieron frente y se batieron. A partir de este momento era imposible echar para atrás sin dar la impresión de desautorizar a aquellos que, en lugar de huir, habían acoplado el enfrentamiento. No fueron los responsables del movimiento los que se decidieron por la violencia; fueron los estudiantes que espontáneamente escogieron la resistencia. Después de esto, era inconcebible que los responsables dijeran: «Atención, volvamos a los libros, va a ser muy peligroso». El Poder habría dicho entonces: «Ustedes ven, inclusive los resultados de extrema izquierda se desolidarizan de los grupos de excitados que actuaron el 3 de mayo».

Al día siguiente se produjeron más heridos aún, se vieron escenas horribles. Pero, ¿cómo se nos puede hacer responsables de esto? Es el sistema el que es violento, es la sociedad la que es violenta. Sí, nuestra resistencia a la violencia del poder –ya que fue él después de todo el que envió contra nosotros a la policía con sus matracas y granadas– ha hecho muchos heridos. Muchos jóvenes recibieron heridas corporales, pero

los jóvenes trabajadores de los que hablaba hace un momento, los de la barricada de la calle Le Goff, ellos tienen una herida interior quizás más grave. La hipocresía burguesa consiste en decir: más vale perpetuar las heridas interiores, que no se ven, que hacer correr la sangre. Yo creo que no. De todos modos no se nos dio a escoger.

Jamás soñamos con lanzar la consigna: «Todos a la calle a batirse». Nadie nos habría seguido. Nosotros creemos que un movimiento se desencadena cuando una situación objetiva lo justifica y lo suscita. Nosotros creíamos, lo he dicho ya, que esta situación objetiva se produciría al regresar a clase el próximo curso. La estupidez del poder lo creó en el mes de mayo: nosotros no intervenimos en nada.

De hecho, en París sucedía, en forma más grande y rápida, lo que sucedía desde hacía muchos meses en Nanterre. Cada vez que denunciábamos alguna cosa y que se producía una demostración de fuerza, nosotros constatábamos que un número cada vez mayor de estudiantes cerraba filas de nuestro lado, ya que se daban cuenta [de] que lo que nosotros denunciábamos era cierto y siempre confirmado por los hechos. Nuestro programa, ahora que nosotros hemos logrado un primer éxito, es simple. No dejar caer de nuevo el movimiento, continuar explicando, denunciando y actuando.

(Conversaciones recogidas por Serge Lafarie para *Le Nouvel Observateur*, mayo de 1968).